

"Reflexiones sobre el silencio de los israelíes respecto a la guerra en Gaza", Prof. Amalia Saar, Universidad de Haifa, 2 de julio 2025

Introducción

Estamos contentos de tener hoy con nosotros en nuestro programa diario "Ojos sobre Gaza" al profesor Amalia Saar que es colega en el departamento de Antropología de la Universidad de Haifa. Como antropóloga Amalia Saar ha investigado muchos temas. Se ocupó de cuestiones de género en la sociedad palestina en Israel, de antropología urbana, ciudadanía en la era neoliberal y otros temas más. Es ante todo una antropóloga nata, que incluso durante los eventos, tiene una capacidad de observación analítica y bien formada, también teórica, sobre la realidad. Tendremos ahora la oportunidad de oír su explicación porque la inmensa mayoría del público israelí calla y acepta los horrores que se cometen en su nombre.

Conferencia

Una de las causas del silencio de los israelíes respecto a los crímenes de Israel en Gaza, en mi opinión, es la existencia de un tabú cultural que a lo largo de generaciones prohíbe hablar de la violencia militar israelí. Ese tabú es alimentado por varios elementos, todos profundamente inherentes a la visión del conflicto israelí – palestino como un juego de suma cero, construcción que ha sido vulgarmente afilada desde el inicio de esta guerra. El primero es el ethos de la víctima eterna y su complemento. Algunos de los principales motores del tabú: "nunca más" – "el holocausto nunca volverá". De manera trágica, el fuerte ejército de Israel no calma la sensación de víctima de Israel, sino la refuerza, y creo una norma de acuerdo con la cual la violencia israelí nunca es excesiva.

Un segundo componente es la inundación sentimental de la discusión política que da prioridad a los sentimientos por sobre las opiniones razonadas, obstaculizando el discurso crítico porque a diferencia de opiniones, con supuestos sentimientos es imposible discutir. El ejemplo más notorio es el motivo del supuesto trauma nacional – personas en trauma no tienen que dar cuentas por sus actos sino solo necesitan apoyo infinito. Otro ejemplo notorio de inundación sentimental de lo político es el dúo amor-odio: en un juego suma cero, los israelíes que demuestran identificación sentimental con los palestinos necesariamente los aman y por lo tanto, por definición, odian a los israelíes (o sea a sí mismos). Asimismo, la identificación con el sufrimiento de los palestinos significa necesariamente negar el sufrimiento de los israelíes. Y el tercer elemento, que es central no menos que los anteriores, es la centralidad de las relaciones familiares en la sociedad israelí. Empezaré con él.

Mi argumento es: la gran mayoría de los judíos en Israel, fuera de los haredim (ortodoxos con estudios religiosos que no hacen servicio militar), se encuentran en una distancia social muy corta de los soldados que participan activamente en la ocupación, la guerra, u otros aspectos de la actividad militar israelí. La sociedad israelí es muy familiar. La mayoría de las unidades domésticas incluyen más de una persona, los israelíes tienden a sostener activas relaciones con parientes, incluyendo redes de intercambio y ayuda mutua, y esto incluye un compromiso de tratamiento-sentimental hacia un pariente que se encuentra en servicio militar activo. En el familismo israelí, la norma es que los parientes de los soldados – que de una forma u otra somos nosotros – tenemos que preocuparnos por ellos y evitar criticarlos o incomodarlos en todo lo que respecta a sus actos en el ejército. De todas maneras, los soldados la tienen difícil. De todas maneras, arriesgan su vida por nosotros, ¿y quien somos para pincharles el globo? De todas maneras, tememos que les pase algo, ¿entonces que vamos a criticarlos? El mecanismo cultural familiar y ampliado supone que la función de los civiles, como familiares reales o potenciales de soldados que sirven en el ejército, es solo uno – preocuparse por ellos, cuidarlos, y agradecerles. Criticar al ejército es traicionar a los amados parientes que sirven en él y arriesgan sus vidas.

Alrededor de este mecanismo básico hay cinturones de normas familiaristas, que son más metafóricas, pero aun muy efectivas. La mas notoria es la idea que "los soldados son los hijos de todos nosotros". Se puede ver como los habitantes de poblados fronterizos en los que están apostados soldados se movilizan para ayudarles, cocinarles, invitarlos a darse una ducha, etc. En las radios y en los canales de TV transmiten habitualmente relatos sobre voluntarios que cocinaron para cientos de soldados, familias que adoptaron soldados solitarios, etc. La construcción simbólica de acuerdo con la cual los soldados son primeramente "los niños de" (hermanos de, pareja de, sobrinos, etc.), resalta su vulnerabilidad, y paralelamente, dicta una abstención activa de confesar o referirse a la violencia que ejecutan como parte de su participación directa e indirecta en la actividad militar.

En realidad, claro que ambos lados de la moneda son correctos: los soldados efectivamente son muy vulnerables, porque están físicamente en el corazón de conflictos violentos. Pueden morir, resultar heridos graves, lo que sucede a menudo en números altos en la guerra actual. Mas allá de su vulnerabilidad física, los soldados son vulnerables desde el punto de vista psicológico y moral, y eso es cierto también para quienes están en el segundo o tercer círculo, digamos quienes apoyan los combates desde una segunda línea o los que detrás de pantallas dirigen el sistema electrónico de combate. Además del riesgo de ser alcanzados por un disparo o caer en una emboscada palestina, son quienes penetran de noche a hogares y asustan a familias, protegen colonos que agreden y realizan pogromos, e impiden de forma activa que los agricultores y los ciudadanos se defiendan.

Ellos ocupan los puestos de vigilancia en las rutas, maltratando a la población civil. Pueden encontrarse en situaciones en las que empujan rudamente a un hombre mayor parecido a su abuelo, o apuntando un fusil a niños asustados camino a la escuela, sin que realmente tengan una explicación de lo que están haciendo. A veces, no demasiado raras, pueden observar cómo sus colegas cometen crímenes sexuales y no intervienen, por identificación, por miedo o por presión social. Son los que ejecutan, o son testigos directos de otros que ejecutan, disparos hacia civiles haciendo cola para alimentos, sobre convoyes de desplazados que son expulsados de una parte de la destrozada franja de Gaza a otra. En los primeros meses de la guerra en Gaza, cuando todavía había casas en la franja, los soldados dormían en casas de familias desplazadas. Comían su comida y robaban y miraban como otros robaban, objetos. Los soldados, que son parientes amados y los "niños de todos nosotros", son los francotiradores, los artilleros, los pilotos, que matan civiles y bombardean. Y son quienes se sientan ante los sistemas electrónicos y tienen tres segundos para decidir si una persona es "objetivo" para liquidar o un simple transeúnte. Y son, por supuesto, los que el 7 de octubre fueron abandonados en una base avanzada a pesar de que advirtieron, o que se lanzaron al combate sin tener respaldo.

Todos estos actos, y muchos más, son realizados en una mezcla de miedo, odio, arrogancia, pasión, aversión, y miseria. A veces se ejecutan por aburrimiento, o competencia interna. Y así, muchos de los soldados hombres se encuentran durante largos periodos de su servicio militar entregados a representar versiones particularmente vulgares de masculinidad, lo que produce en ellos una capa adicional de vulnerabilidad y represión. Eso a pesar de que claro está hay también quienes disfrutan de todo eso, sea porque les da una sensación de potencia, euforia patriótica, dinero (en la guerra actual los combatientes reciben mucho dinero), o popularidad con mujeres. Todas las respuestas pueden ser correctas.

Pero en lo que respecta a las familias, aquí hay una norma de silencio voluntario. Los soldados que regresan a sus casas no relatan lo que hicieron y vieron, y las familias no preguntan. Si bien en algunas familias se habla generalmente de "los árabes" y "cuanto nos odian". Y hay un acuerdo general que los que les sucede se lo merecen, porque apenas puedan, como pasó en octubre, nos harán cosas terribles. Pero, mayormente, las situaciones concretas de violencia en el servicio no son conversadas. En lugar de eso, a los israelíes les gusta usar el termino licuado de "servicio significativo", que destaca la participación en la institución mas prestigiosa del país. Porque en Israel, todavía, el ejercito esta considerado como el máximo crisol social, un importante trampolín para la movilidad social, y una columna esencial de la seguridad del estado – en realidad, el oxígeno de nuestra existencia. No es casual que los términos "servicio significativo" y "dar" son ambiguos.

No incluyen descripciones graficas de golpear a viejos en una barrera en la calle, expulsar familias enteras de sus hogares, destruir viviendas y a sus habitantes, saqueo o permanecer parado sin intervenir durante un pogromo. En lugar de eso, se resalta el riesgo al soldado – que realmente existe – y la unidad del equipo combatiente. A menudo, el equipo, los amigos, los comandantes son la razón principal por la cual los soldados aceptan combatir una y otra vez y otra. Los soldados sirven en el ejercito por servir al estado, pero en lo inmediato van por sus camaradas. Y esa camaradería, forjada a fuego, es tan significativa que muchos están dispuestos a morir por ella. Esto, entonces, es el segundo circulo significativo que frena la conversación crítica sobre la ocupación, la guerra, y la violencia militar de Israel.

En una situación de intimidación tan significativa, la jerarquía de valores morales de la mayoría de los soldados, como de los civiles en distintos círculos que los rodean, es intuitiva y sobrentendida. Según la difundida lógica israelí, un "hombre cuerdo" no sacrificará a su camarada por un "terrorista". Porque aun cuando el equilibrio de fuerzas es extremadamente asimétrico, los soldados todavía se arriesgan. Pueden ser alcanzados por un francotirador, morir en una emboscada, quedar atrapados en un tanque, entrar en una casa atrapada. A pesar de que estadísticamente las posibilidades de un israelí de resultar herido son infinitamente menores que las de un palestino, desde el punto de vista de los soldados y sus familiares cada herida es un 100%. Un soldado muerto es todo un mundo trunco. Un soldado herido grave, necesita a veces largos años de tratamiento y recuperación, un soldado que regresa psicológicamente destrozado, arrastra a sus padres a su mujer e hijos al infierno de por vida. Desde este punto de vista, el lado palestino queda fuera de la ecuación. Y así, por la seguridad de los soldados, que son "los niños de todos nosotros", la violencia militar extrema de Israel en Gaza es justificada, una y otra vez. Ya antes de la guerra de exterminio en Gaza, esa que logra agrietar incluso el tabú del que estoy hablando, la preocupación por la integridad de los soldados, la preocupación personal, inmediata, paternal en situaciones de violencia más banal por la seguridad e integridad de A, B o C – servía como freno efectivo a las críticas. Como me dijo una vez una pariente mía, que ahora sé que su hijo mayor sufre de PTSD, al oírme criticar a la ocupación, "Nos odian, sabes. Nos odian con toda su alma", como diciendo "tu critica a la ocupación equivale a amar árabes, y eso no es razonable, porque los árabes nos odian."

Entonces para resumir, expuse aquí en línea muy generales y primarias el tabú cultural. Pero eso no significa que no hay también un esfuerzo de silenciamiento político masivo que impide a muchos israelíes hablar sobre Gaza o asumir responsabilidad moral por lo que allí sucede. Por supuesto, hay también un silenciamiento de los ciudadanos palestinos (y valdría la pena dedicarle a ello un encuentro). Pero hoy hable sobre los judíos. Y aun así considero que de manera no pequeña, la efectividad del silenciamiento depende de la forma en que políticos, medios de comunicación oficialistas y campañas financiadas apuntan estratégicamente al tabú existente – lo que produce no solo un silencio impuesto, sino también voluntario e intuitivo.